

Una ciudad griega de la costa de Efeso, que envió para ablandarlo á niños de ambos sexos que cantaban sus alabanzas y recitaban versículos del Coran para lisonjear su culto : « ¿ Qué balido de ovejas es ese que mortifica mis oídos? dijo á sus emires. — « Son los niños de la ciudad, enviados por sus padres para suplicaros que les perdoneis la vida. — ¡ Que los caballos de los arabes pisoteen sus cuerpos ! » exclamó Timur. La caballería de la vanguardia se lanzó contra aquellas inocentes criaturas al oír aquellas palabras, y el camino por donde pasó Timur quedó sembrado de miles de cadáveres de niños. La costumbre que tenia de verter sangre le inspiró el último grado de brutalidad guerrera : el de la indiferencia al aspecto de la muerte.

XV

El incendio de Esmirna, de Efeso, y de todas las ciudades de la costa de Jonia, á donde la civilización griega habia enviado por espacio de tantos siglos su población, sus letras, sus religiones, sus artes, fué el

único monumento que levantó el conquistador en frente de la consternada Europa. Montones de ceniza marcaron su huella ; desapareció entre el humo de estas capitales, y volvió á tomar lentamente como retira el pastor sus rebaños de los prados, el camino de la Persia y de la Tartaria. Llevaba consigo á un emperador cautivo, y el botín de toda el Asia Menor. La imposibilidad de crear en algunos meses una marina para hacer atravesar la Propóntide ó el Bósforo á aquella multitud, le habia impedido arrasar la capital del imperio griego, Constantinopla. Esta empresa de demoler al envejecido oriente la dejaba intacta á los otomanos.

Parecia que se habia propuesto afianzar su imperio, conmovido involuntariamente por la batalla de Angora, y restituírsele á Bajazet Ilderim con ciertas condiciones de vasallaje y de alianza, despues de llevar á este soberano cautivo á Samarcanda para que decorara su triunfo, y hacerle contemplar la grandeza y la población de su casi universal imperio. Pero la muerte defraudó sus esperanzas, y puso coto á sus proyectos.

Aunque fuese tratado con las consideraciones que un vencedor generoso debe á un vencido heróico, Bajazet no podia acostumbrarse al cautiverio, por mas respetuoso que fuese. El espectáculo de la ruina

de sus provincias, las discusiones intestinas de sus hijos, la idea de adornar con su presencia la entrada triunfante del conquistador, la perspectiva de una prision, quizá perpetua, en aquellos ásperos climas de la Tartaria, no conocidos ya por su raza; en fin, su carácter violento é indómito, que pasaba incessantemente de la melancolía á las imprecaciones y de la conformidad á la desesperacion, le hacian languidecer, aunque todavía jóven, en las tiendas y en los palacios en donde poseia todo lo que corresponde á un emperador, excepto el imperio. Un acceso de esta desesperacion le quitó la vida en Akschyr, camino de Sirvas, en el momento en que dejaba para siempre aquellos valles pastoriles, segunda patria de sus padres. Timur guardó luto por el y entregó su cadáver á su hijo Muza para que lo llevara al sepulcro de su familia en Brusa, puso en libertad á su viuda, la princesa de Servia, y á las mujeres de su haren. El cuerpo de Bajazet, escoltado por cien ginetes turcos, llegó á las puertas de Brusa, donde no pudo entrar, precisamente en el momento en que los ejércitos de sus dos hijos, Isa y Mohammed peleaban allí para disputarse los restos del imperio. Sepultáronlo bajo los plátanos, á cierta distancia de la ciudad, hasta que el imperio restaurado y la mezquita imperial reedificada permitieron á sus descen-

dientes depositarlo en la tumba que habia preparado para él en su capital.

El reinado de Bajazet, uno de los mas propicios al principio y de los mas funestos al último para los otomanos, fué la imágen de su carácter. Su epíteto de *Ilderim* (el rayo) fué la significacion compendiada de su vida. Hirió como el rayo á la Europa, y se apagó como él en Asia en medio de su propia destruccion.

La sangre inocente de su hermano, asesinado al dia siguiente del de la muerte de su padre, en las tiendas de Korsowa, la sangre de los prisioneros cristianos vertida bárbaramente en la llanura de Nicópolis, parece que fueron de mal agüero para su fortuna. La Europa fué presa de la guerra civil que se hacian sus hijos, y el Asia quedó en poder del héroe tártaro. Su misma capital se cerró ante su cadáver, como si le rehusara un sepulcro. Se diria que la providencia queria castigar con justicia, en su imperio, en su libertad, y en su descendencia, al sultan que habia dado á su dinastía el primero y fatal ejemplo del fratricidio por razon de estado. Ella protegerá sin duda en Abdul-Medjid al primer sultan que ha tenido fuerza y valor suficiente para abolir esta sanguinaria política, y para poner los derechos y los sentimientos de la naturaleza encima

de los decretos que tendian á afianzar con el homicidio la seguridad del soberano.

Antes de referir los acontecimientos que ocurrieron en Europa y en Asia despues de la muerte de Ilderim, echemos una ojeada sobre el reflujo de Timur y de sus ejércitos hasta Samarcanda.

XVI

El mismo llegaba con tristeza á la vejez y á la pérdida de sus esperanzas, muertas ántes que él. Su nieto Mohammed-Schah, para quien tenia dos veces el alma de un padre, justificando por su parte esta predileccion con todos los dones de la imaginacion, del alma y del cuerpo, murió á la edad de diez y ocho años en Akschyr. Timur, que lo destinaba para el imperio de Samarcanda, miéntras que su propio hijo Schah-Rokh reinaria en Persia, estuvo á punto de morir de dolor sobre el cuerpo inanimado de este jóven. En vano afectó, presentándose en público ante sus emires, la religiosa resignacion que exige el Coran á los que pierden lo que la tierra no puede nunca restituir.

« ¡Nosotros somos de Dios, exclamó doblando la

cabeza, y á Dios volvemos! » Pero su corazon solo se consolaba tributando á este favorito de su vejez exequias grandes, como el continente de Asia y un luto universal como su poder. Por órden suya, y como si el imperio hubiese sido de la familia de Timur, los príncipes de su casa, los emires, los grandes de la Tartaria y de la Persia, los ejércitos, los pueblos se vistieron de negro, color de la noche de los sepulcros. Las pieles de armiño que guarnecian los cafetanes y las túnicas fueron reemplazadas por el tosco y pardo ropaje de los camelleros y mendigos tártaros. Las mujeres arrastraron su tendida cabellera por el suelo, y recogieron guijarros en la punta de su velo para herirse con ellos el seno, lanzando tristes alaridos al pasar por delante de ellas el cortejo, que acompañaba el féretro. Un banquete fúnebre fué celebrado en Akschyr. El ejército entero estaba convidado á él.

Durante el festin, los imanes ó lectores, colocados de modo que pudieran ser oidos de tantos millones de convidados, leian en alta voz el Coran. El tambor enorme de los mongoles, cuyos sonidos vibran, como los de un *gong* indio, á grande distancia, era azotado á intervalos para imitar los golpes de pecho del hombre desolado. Despues del festin, se rompió este tambor sagrado para que ningun dolor humano

volviese á resonar en aquel instrumento de un dolor sin consuelo, y las mujeres llenaron toda la noche los aires con un universal gemido. Los siete primeros emires, compañeros y generales de Timur, escoltaron con sus divisiones hasta mas allá del Oxus, el féretro del jóven Schah llevado en una litera de oro, cubierto con un sudario, bordado de pedrería y lo depositaron en el sepulcro de su familia. Este Germánico de los tártaros dejó una precoz memoria y un sentimiento duradero despues de su muerte, desde el pié del Himalaya hasta las fronteras de la China y el desierto del Eufrates.

Timur acompañó lenta y tristemente el ataud que encerraba las esperanzas que habia concebido de perpetuar su reinado y volvió á entrar triunfante, pero abatido, el 1º de julio de 1404 en su ciudad de Samarcanda. Las infinitas diputaciones de toda la Tartaria lo estaban aguardando para dar el parabien al héroe de su raza y solemnizar su triunfo. Los sabios, los artistas, á quienes el legislador habia enviado de todos los países á su capital para civilizar á sus compatriotas, obtuvieron sus primeras atenciones y sus primeros favores. Antes de entrar en su palacio, en el que su haren celebraba la vuelta de este patriarca, vencedor del mundo, Timur fué á apearse al *Jardin de los Plátanos*, especie de jardin académico de Sa-

marcanda que circundaba los alojamientos destinados por Timur á los filósofos, á los historiadores, á los poetas. Este palacio y este jardin los consagró á la memoria de su favorito Mohammed-Schah, para que la posteridad participara eternamente del amor y del pesar que habia sentido por su nieto. Desde allí fué á habitar sucesivamente, ya el palacio del *Jardin de las Aguas*, ya el palacio del *Jardin del Eden*, ó el de su favorita Tukel-Khanum, llamado el *Jardin que dilata el corazon*. Asi conservaba, dicen las tradiciones tártaras, bajo aquellas mansiones de piedra, de cedro y de mármol, la inestabilidad de la vida errante bajo las tiendas, recuerdo de su vida de pastor y delicias de la vida militar.

Los arquitectos árabes y griegos que habia traído de Damasco y de Esmirna le construyeron durante los dias de descanso que pasaba entre dos conquistas, un palacio cuyos vestigios causan todavía asombro, y cuya descripcion, hecha por los historiadores contemporáneos, iguala en magnificencia á la de Bagdad, Babilonia y Delhi. Cada una de las fachadas del palacio igual á las fachadas de los gigantescos edificios de Palmira, tenia mil y quinientos codos de extension. Cuatro de ellas encerraban los patios y jardines embellecidos con sombras, jardines, fuentes murmuradoras, bajo galerías de columnas. Los es-

cultores sirios habian hecho incrustaciones en todas las paredes interiores, semejantes á las de Baalbeck ó del Partenon. Las paredes exteriores estaban revestidas de porcelana de China y de Persia, cuyo pulimento, charol y variados colores representaban los rayos del sol y deslumbraban los ojos. Los cuartos y salas con pavimento de mosaico imitando en el dibujo y los colores á las alfombras del khorassan, tenian artesones de ébano y de marfil, cincelados por los árabes del Cairo. Los arroyos y los surtidores de agua, que resonaban en el alabastro derramaban vida y frescura bajo las cúpulas pintadas por artistas griegos. En este palacio se celebró en un solo dia el matrimonio de seis nietos suyos, que habian llegado á la edad nubil durante su ausencia. Los cuentos árabes no llegan al esplendor histórico de estas fiestas. Los despojos del universo obstruían las habitaciones y los jardines que pisaban los jóvenes esposos. Las perlas, los zafiros, los diamantes llovian como polvo sobre sus cabezas. Los mas raros animales del globo, desde las girafas de Etiopia hasta los avestruces de Senaar y los leones de Africa, fueron ofrecidos á los desposados. Nueve veces fueron estos vestidos en presencia de Timur con ropajes magníficos que se quitaban al momento para ponerse otros nuevos;

nueve veces los ciñeron con cinturones macizos de un tejido de perlas y diamantes; nueve veces les pusieron y les quitaron para volver á ponérselas otra vez coronas y diademas persas; nueve veces se prosternaron en el suelo á los piés de su abuelo tocando con la frente en el pavimento.

Estas funciones eran los adioses que dirigia á Samarcanda. Su vida era una peregrinacion incesante por el mundo para propagar la ley del profeta é imponerle el yugo de los tártaros. Aunque tuviera ya setenta y cuatro años de edad, y aunque su familia, á la que podia dejar tantos imperios, se compusiera en aquella época de treinta y siete hijos ó nietos vivos y de diez y siete hijas, cuyas manos solicitaban otros tantos príncipes como prenda de seguridad ó de favor, Timur, en el seno de esta gloria, de esta prosperidad y de estas delicias, soñaba en la conquista de la China, único imperio libre que confinase con sus posesiones en la extremidad oriental.

XVII

No era la insaciabilidad del alma humana, ni la ambicion sin límites del conquistador las que impe-

lian al viejo guerrero y al legislador afortunado á abandonar de nuevo su capital y su familia, y á arriesgar su misma gloria y su vida atravesando los desiertos inhabitados de la Tartaria con todo un pueblo para ir á sojuzgar á otro inofensivo de doscientos millones de hombres; lo impulsaba el zelo de la unidad religiosa. Consideraba él á los chinos, tan civilizados, tan filósofos y mas penetrados de la unidad de Dios que sus hordas, como idólatras que deshonoraban la idea de la Divinidad con cultos sacrílegos. Las encarnaciones simbólicas de Buddha y las doctrinas de Confucio, mal conocidas por Timur y sus contemporáneos, le parecian idolatrías tan degradantes como las de los paganos y los griegos que acababa de destruir, y juzgaba un deber suyo atacarlas en todas partes, miéntras Dios le diera fuerza para ello y le señalara un crimen contra su santidad.

Asediado por esta idea y este remordimiento, que justificaban á sus ojos el derramamiento de sangre que habia ordenado en su marcha, Timur vacilaba entre el reposo codiciado por la vejez, y la nueva campaña que exigia la fé. Sus esposas, madres de sus hijos, las mujeres jóvenes que habia traído de sus conquistas al haren, lo inclinaban á la paz; sus consejeros y sus sabios lo estrechaban para que consolidara el imperio en vez de extenderlo. Se inclinaba á

este último consejo; pero creia oír en sueños la voz del profeta, que le echaba en cara su prudencia enteramente humana y su ociosidad. Para tomar una decision, reunió en Samarcanda la asamblea de todos los emires y sabios del imperio. Este congreso de reinos tributarios y de tártaros de todas las tribus fué convocado en las tiendas, levantadas en la inmensa llanura de Samarcanda. Ninguna capital podia alojarse dentro de sus muros este consejo armado de reyes y naciones. Las fiestas del matrimonio de sus hijos, que sirvieron de pretexto á esta reunion, se renovaron y prolongaron algunas semanas. Copiamos de dos historiadores contemporáneos y testigos de aquellas magnificencias, traducidos por M. Petit de Lacroix, intérprete de lenguas orientales, descripciones que parecerian inventadas, si no las justificara el texto literal de este monumento.

« Los primeros dias fueron tristes á causa de la
« llegada á Samarcanda del féretro del jóven Moham-
« med-Schah, que Timur mandó presentar á la sul-
« tana Kanzadé, madre del héroe. Ordenó que para
« consolar á esta sultana, viuda de su primogénito,
« Djehan-Ghyr, se clavara y cerrara con candado el
« ataud de Mohammed-Schah, y fuese trasportado á
« la habitacion de Kanzadé. Ella se abalanzó al fére-
« tro que encerraba el cuerpo de su hijo, dice Sche-

« rif-Eddin-Alí de Yezd, y se enlazó con él, como la
 « serpiente al rededor del sándalo, prorumpiendo en
 « ayes y lamentos. Mis ojos, decia la sultana incon-
 « solable, estaban incesantemente clavados en el ca-
 « mino, esperando ver á cada instante á un ginete
 « que trajera noticias de mi querido hijo, del que ha-
 « cia las delicias de mi alma; no aguardaba yo del
 « hado cruel este rudo golpe de puñal que me arranca
 « el corazon á la vista de tu ataud. ¡Ah! ¡suerte de-
 « plorable! ¡Ah! ¡desgraciada Kanzadé! ¡Ah! ¡prín-
 « cipe desventurado! Tú estabas destinado para ocu-
 « par el trono del imperio de Iran; pero el destino
 « implacable te arranca á tí el cetro de las manos, y
 « á mí con tan justo motivo las lágrimas que corren
 « de mis ojos, ardientes como sangre, porque en edad
 « tan prematura me has atravesado el corazon, hijo
 « querido. »

XVIII

« Alzáronse en la llanura tiendas sostenidas por
 « cordones de seda, adornadas con tapices preciosos,
 « cortinajes de terciopelo, pavimento de ébano y

« marfil incrustados con dibujos exquisitos. El aloja-
 « miento del emperador consistia en cuatro grandes
 « recintos simétricos; su pabellon imperial lo for-
 « maba un grupo de doscientas tiendas, enriquecidas
 « con cuadros y pedrerías. Cada tienda estaba divi-
 « dida por doce columnas; las colgaduras que tenian
 « por fuera eran de escarlata, y de raso de siete colo-
 « res por dentro; las columnas eran de plata, enri-
 « quecidas de oro. Los numerosos tapiceros emplea-
 « dos en esta obra habian invertido una semana
 « entera en arreglar y amueblar este soberbio aloja-
 « miento; los mirzas y los emires tenian tambien un
 « seraperde, un barghiah, tiendas y un gran pabellon
 « llamado Kherghiag; sus columnas eran de plata
 « maciza, y el suelo estaba cubierto con las mas ricas
 « alfombras del mundo. »

« Los gobernadores de las provincias, los generales
 « de ejércitos, los señores y los principales dignatarios
 « del imperio se reunieron en aquel sitio, y coloca-
 « ron sus tiendas en buen orden; los pueblos acu-
 « dieron en tropel de todas partes, preparándose á
 « los juegos y los placeres; veíanse allí chinos, mos-
 « covitas, judíos, griegos, habitantes de Mazenderan,
 « de Khorassan y de Fars, de Bagdad y de Siria, en
 « fin, de todos los reinos de Iran, Turan, Kurdistan y
 « Egipto.

« El jóven hermano de Mohammed-Schah, Fir-
 « Mohammed, hijo segundo de la sultana Kanzadé,
 « llegó de su gobierno de Guznadin, en virtud de la
 « orden que habia recibido; arrodillóse ante su
 « abuelo, quien le mostró con sus lágrimas, al abra-
 « zarlo, el dolor que le habia causado la muerte de
 « su hermano, procurando consolarlo con sus cari-
 « cias. El luto cesó entónces, hubo una exposicion de
 « toda la industria, de las artes y de los oficios de los
 « pueblos sometidos al khan. Los mas hábiles artesa-
 « nos ostentaron las obras mas perfectas de su oficio;
 « alzaron en sus tiendas trofeos y arcos de flores para
 « representar triunfos, en los cuales hacian resaltar
 « lo mas delicado de su trabajo, coronándolo todo
 « con ramilletes y guirnaldas con una simetría com-
 « pleta; los joyeros tenian collares de piedras precio-
 « sas, principalmente de perlas, rubíes y granates,
 « mezclados con una infinidad de pedazos de cristal
 « de roca, corales y agatas, y la cantidad de anillos,
 « brazaletes y pendientes convirtieron la llanura en
 « minas de oro y pedrería, en vez de ser campo de
 « flores, que es la significacion de su nombre; se edi-
 « ficó un anfiteatro cuadrado, cubierto de alto á bajo
 « con brocado, oropel, y alfombras de Persia, en el
 « sitio que ocupaban las damas; los músicos estaban
 « en fila, y tocaban en tanto que los payasos decla-

« maban y decian chistes y agudezas para excitar la
 « risa y la alegría. Habia otro anfiteatro, que ocupa-
 « ban artesanos de todas clases, y además cien anfi-
 « teatros de diferentes maneras, llenos de vendedores
 « de fruta, con pitos y tambores; cada uno habia ar-
 « maído una especie de jardin lleno de golosinas, de
 « granadas, almendras, peras y manzanas, con orden
 « y simetría, que embalsamaban el aire y adornaban
 « graciosamente la escena. Los carniceros se hicieron
 « notables por la donosura de sus representaciones;
 « vestian á un carnero de hombre, y formaban con
 « otras pieles diversas figuras ridículas; veíanse ca-
 « bras parlantes, con cuernos de oro, corriendo las
 « unas tras las otras; por fuera parecian cabras, pero
 « eran jóvenes preciosas disfrazadas de aquella ma-
 « nera; otras estaban vestidas de hadas y ángeles con
 « alas, algunos tomaron la forma de elefantes.

« En aquella mascarada brillaron tambien los mer-
 « caderes de pieles; unos se vistieron de leopardos,
 « otros de leones y diferentes clases de animales; ha-
 « bia algunos que parecian zorros, hienas y tigres.
 « Tambien traian la cabeza de animal, pero el objeto
 « del disfraz era representar genios que habian adop-
 « tado aquellas especies diversas de figura. Los eba-
 « nistas hicieron igualmente una cosa magnífica;
 « construyeron un camello de madera, cañas, cuer-

« das y lienzo pintado que andaba como un verdadero
 « camello, y el carpintero que iba dentro, descor-
 « riendo una cortina, permitia ver al obrero en su
 « propia invencion. Los trabajadores del algodón hi-
 « cieron con esta materia pájaros á los que solo les
 « faltaba la vida; tambien armaron una torre de al-
 « godón con cañas, que todo el mundo creyó cons-
 « truida con ladrillos y argamasa, de tan prodigiosa
 « altura, que excedia á la de todas las mezquitas; es-
 « taba cubierta de brocado y de telas bordadas, y era
 « trasladada de un punto á otro con facilidad, lle-
 « vando en su cúspide una cigüeña. No cedian los
 « silleros á los demás; mostraron su industria en dos
 « literas de mujeres, abiertas por arriba, puestas de
 « la manera ordinaria sobre un camello, en las que
 « se sentaron dos de las mas amables y encantadoras
 « señoritas que pudieron hallar en la ciudad; llevaba
 « cada una de ellas una piel y tomaban posturas ri-
 « dículas, de piés y manos para divertir á la asamblea.
 « Los estereros ostentaron su habilidad tejiendo dies-
 « tramente con palmas dos renglones de escritura
 « contigua, y otras letras mayúsculas entrelazadas
 « con arte.

« Los chiaux ú oficiales del palacio iban y venian,
 « sirviendo las mesas, montados en magníficos caba-
 « llos de raza, sobre sillas doradas, guarnecidas de

« piedras preciosas, y cubiertas de brocado. Por otra
 « parte habia elefantes de extraordinaria grandeza,
 « que llevaban sobre sus lomos tronos adornados con
 « lujo y elegancia. Bajo este dosel, que sostenian doco-
 « columnas, habian colocado ánforas de tierra, rodea-
 « das de collares, y llenas de frascos de oro y plata,
 « coronadas por copas de ágata, oro y cristal de roca,
 « perlas y otras piedras preciosas; puesto todo esto en
 « platillos de oro y plata; allí se bebia *camez*, oji-
 « miel, hipocrás, aguardiente, vino de Schiraz y otros
 « licores. Cuéntase que para cocer las viandas de aquel
 « banquete, se empleó la leña de muchos bosques. El
 « jefe del servicio y sus subalternos estaban siempre
 « en pié para recibir las órdenes convenientes; habia
 « mesas preparadas en toda la llanura, y botellas de
 « vinos dispuestos para ser servidos con canastillos
 « de frutas. Los frascos reservados para el emperador
 « y los barriles para los emires de la córte estaban
 « separados del infinito número de ánforas que ha-
 « bian de apagar la sed de la multitud. Una impu-
 « nidad y una igualdad absolutas fueron proclama-
 « das en nombre del emperador para todo el mundo
 « durante esta reunion, como sucedia en las saturna-
 « les de Roma; á nadie le era permitido reprender ni
 « castigar á otro, el rico no podia preténder ninguna
 « preferencia en perjuicio del pobre. »

XIX

Concluidas estas fiestas, Timur, encerrándose con los principales sabios y religiosos del imperio, en lo interior de su tienda, dirigió á Dios una oracion tan digna de un filósofo como de un señor pasajero del mundo. Héla aquí :

« ¡ Gran Dios! Dios único é incomprendible, superior á toda concepcion humana, y cuya naturaleza tú solo conoces, siendo tú todo, y lo demás no siendo nada! ¿Cómo podria yo nunca tributarte bastante homenaje, y expresarte, yo, miserable criatura, un reconocimiento igual á tus dones, que son infinitos? Tú me has criado de la nada, de mi humildad me has ensalzado, de mi pobreza me has enriquecido, de mi pequeño origen me has engrandecido y hecho el mas poderoso de los dominadores del mundo. Tú me has concedido la victoria en el campo de batalla, y la conquista de tantos reinos, porque ¿qué soy yo, pobre y miserable criatura? Yo no podria nada, si tú no me concedieras tu fuerza y tu gracia; en la paz tú me

« das descanso y alegría; en la guerra, tú me coronas con el laurel de la victoria; en el gobierno, tú conservas mi soberanía; temido de las naciones extranjeras y amado por mis pueblos, dispensa los mismos favores á tu criatura; puesto que tú eres misericordioso conmigo, no me despidas con cólera! Conozco que no soy mas que polvo, y que si tú me abandonas un solo instante, toda mi gloria se cambiará en humillacion y toda mi grandeza en nada; ¡no me avergüences con mis faltas, puesto que me has acostumbrado á glorificarme con tus beneficios! Y moriré á mi hora, despues de haber acabado tu obra, feliz y bendiciendo tu nombre.»

Esta oracion del Salomon de las estepas desmentiria las imputaciones banales de fanatismo y de barbarie, con que los historiadores del Occidente deshonran las grandes filosofías y las grandes personalidades del Oriente. Todo lo que está léjos les parece tinieblas; y las fuentes mismas de toda teología y de toda moral en las Indias les parecen cubiertas con su antigüedad.

XX.

Después de esta invocación misteriosa, Timur se presentó en el consejo de la nación, y dirigió á todos los emires, á todos los ancianos, á todos los hombres de letras del imperio un discurso digno de su oración :

« Dios, les dijo textualmente, por una gracia especial, nos ha favorecido tan extraordinariamente, que hemos conquistado el Asia con el sable en la mano; hemos vencido y derribado á los reyes más grandes de la tierra; ha habido en los siglos pasados pocos soberanos que hayan adquirido Estados tan fuertes, ni que hayan llegado á subir tan alto, á capitanear ejércitos tan numerosos, ni á tener un mando tan absoluto; y como estas grandes conquistas no se hacen sin muchas violencias, que han acarreado la ruina total de una infinidad de criaturas de Dios, he resuelto imaginar alguna buena cosa, que puesta en ejecución, sea una especie de recompensa de los crímenes de mi vida pasada, y he pensado emprender una cosa que no está al al-

« cance de todos, la guerra contra los infieles y el exterminio de los idólatras de la China, lo cual no puede verificarse sin mucha fuerza; es pues con-veniente, queridos camaradas, que estas mismas tropas que han sido instrumentos de culpas pasadas lo sean también de penitencia, es decir, que es menester que se pongan en marcha para la China, y que adquieran el mérito que ofrece esta guerra santa, abatiendo los templos de los ídolos y los del fuego, y haciendo en su lugar mezquitas y capillas; nosotros obtendremos, por este medio, el perdón de nuestras faltas, como lo asegura el Corán, diciendo que las buenas obras borran los pecados del mundo. »

XXI

Una aclamación animó al khan á emprender lo que satisfacía el sentimiento de antipatía popular y la preocupación religiosa de los tártaros. El cielo por recompensa á los mártires, y un imperio inmenso y opulento por despojo á los vencedores, se-ducían y arrastraban á los tártaros hácia el rio

Amarillo. Los emires partieron de la llanura de Kanhul para reunir sus tropas y conducir las con sus rebaños y sus camellos al punto señalado á todos por el khan.

Timur se volvió á Samarcanda para aguardarlos. Encontró su casa trastornada y dividida por una de esas aventuras de haren, que influyen con mucha frecuencia en Oriente en la política de los príncipes y sobre la suerte de los imperios. Las costumbres y las leyes religiosas condenan en vano á las mujeres á la esclavitud y al misterio del haren: la naturaleza, la hermosura y el amor les restituyen el puesto que les ha marcado Dios en el corazón del hombre.

Uno de los nietos que Timur acababa de casar en las fiestas nupciales cuya magnificencia hemos descrito, el joven sultan Khalil-Schah, habia abandonado á su mujer, embarazada ya, por una beldad persa, esclava de otra princesa del serrallo. Esta esclava, célebre despues en Tartaria y Persia, como Elena en Grecia, por la pasión que inspiró á Khalil, y por las calamidades que produjeron estas relaciones, fué denunciada á Timur por la esposa de Khalil, sobrina del khan, como causa de la frialdad y el abandono de su marido. Timur decretó la muerte de la esclava que perturbaba la paz de su palacio. Khalil ocultó á su amada á las pesquisas de los eunu-

cos ejecutores de la sentencia del emperador. La sultana Validé, que gobernaba los harens de toda la familia imperial, se dejó enternecer por las súplicas de Khalil, en favor de su querida, y le concedió un asilo en sus habitaciones. Timur perdonó la vida á la joven esclava, que dió bien pronto un hijo á Khalil, pero prohibió á su nieto que la viera. Khalil eludió esta orden de su abuelo con todos los medios que sugiere el amor: los peligros de este comercio clandestino entre el heredero del trono y su querida acrecentaron su fuerza y su constancia. Nada fué bastante para extinguir en el corazón del príncipe la pasión que los tártaros atribuyeron á sortilegio, cuando poco despues puso la corona sobre la frente de una concubina, y arruinó el vasto imperio de Timur por la mano de una esclava de Circasia.

XXII

Timur, que creía haber evitado con su rigor el peligro de una pasión pasajera en su familia, salió por fin de Samarcanda para llevar dos millones de soldados tártaros á las fronteras de la China. Las em-

peratrices, sus hijos, sus nietos, sus ministros, su corte, su capital casi entera lo seguian. El invierno, tardío en Tartaria, helaba aun las estepas cubiertas con una capa de nieve. El conquistador, sabiendo por sus geógrafos cuan inmenso era el espacio que tenia que atravesar ántes de pisar las fronteras de las estepas, no quiso aguardar á la primavera. Millares de hombres y animales perecieron en los primeros dias en el desierto, y fueron reemplazados por otros, como viles materiales de una grandeza que no contaba los hombres sino los resultados. La narracion de los historiadores de Timur, al comenzar esta emigracion de los tártaros hácia la China, no tiene mas analogía en la historia moderna que la retirada de los ejércitos de Napoleon á través de los hielos de Rusia, despues de la desastrosa campaña de Moscú. El furor del zelo religioso y de la ambicion personal en estos dos hombres llegan, en dos partes opuestas del globo, á derramar de la misma manera la sangre humana.

« Las aves de rapiña, dicen los historiadores de las
« dos campañas, no podian despedazar tantos cada-
« veres como el ejército dejaba cada noche en los
« campamentos. »

XXIII

Pero el arsenal de hombres de Timur era inagotable, como las tiendas de sus tártaros. La primavera derritió por fin la nieve, descubrió los pastos, desató los manantiales y dejó correr las aguas de los rios marcados por los geógrafos. Timur llegó, siempre con dos millones de hombres, á Otrar, ciudad central de la Tartaria, entre el rio Sihon y el rio Gihon. Envió un destacamento de caballería, para que examinara si el ejército podia atravesar sobre el hielo aquel profundo rio, ó construir puentes. Volvieron los ginetes y dijeron que habia á las márgenes del rio tres codos de nieve, y que el ejército pereceria allí inevitablemente. Timur se vió obligado á esperar en Otrar, que avanzara mas el buen tiempo. Ya se hallaba á veinte jornadas de Samarcanda.

El incendio que habia llevado á todas partes pareció que lo perseguía al fondo mismo de aquellos desiertos. El palacio que habitaba en Otrar con su familia y su córte ardió en una noche y devoró parte